

UN HISPANISTA BRITÁNICO OLVIDADO:
J. E. CRAWFORD-FLITCH *

LA primera vez que vi mencionado su nombre fue en el libro *De Fuerteventura a París*, de Miguel de Unamuno, que vio la luz en París, en 1925. Figura en los comentarios en prosa que siguen a algunos sonetos de aquél, y casi siempre llamándole “mi amigo del alma”. También sabía que es el traductor al inglés de una de las obras más características del rector salmantino, la titulada *Del sentimiento trágico de la vida*, versión que don Miguel ponderó siempre, y no sólo por el estilo en que está hecha, sino porque para llevarla a cabo fue amablemente obligado por el traductor a revisar y cotejar, una por una, todas las citas de obras ajenas que hay en aquellas densas páginas.

Animado por estas referencias me dispongo a trazar las líneas esenciales de este hispanista utilizando principalmente: *a)* las numerosas cartas que dirigió a su amigo español a lo largo de veinticinco años de amistad; *b)* los libros que sobre España escribió, y *c)* las referencias que figuran en las obras de don Miguel. Siento no incorporar a este acervo las cartas que Unamuno escribió a Mr. Crawford Flitch, pero mis gestiones para averiguar su paradero han sido infructuosas.

“Mediterranean Moods”, Londres, 1911

Así se titula el primer libro que nuestro hispanista dedicó a España, y que es el fruto de un viaje a las islas de Mallorca, Menorca e Ibiza, periplo que se extendió también a la de Cerdeña. De las tres islas del archipiélago balear la que despierta mayor atención en el viajero es la de Mallorca que recorrió en su totalidad, haciendo no pocos trayectos en cabalgadura. De la ciudad de Palma le atrae su conjunto urbano, agrupado en torno a la mole severa de su catedral; pero es el paisaje de sus costas, de sus perfiles montañosos, de sus puertos, lo que le cautivó. Y sobre todo, el contacto, la comunicación con el elemento humano que puebla esos escenarios —lo que

Unamuno llamó el paisanaje—, con el que tuvo ocasión de emplear nuestro viajero su inteligente curiosidad y vivo interés. El capítulo dedicado a Sóller, por ejemplo, lo acredita con creces. Porque bajo la línea ondulante de un aparente desenfado, teñido en ocasiones de un humor muy británico, late la entraña de una humanidad viva y atenta.

La isla de Menorca le impresiona por su soledad y le admira por su riqueza de monumentos prehistóricos, aunque le atrae más la población que hoy sigue prestando animación a aquellos remotos parajes. Y en cuanto a la de Ibiza, escribe: “Tiene una belleza cautivadora. No es grande, pero tampoco es uniforme o monocorde; sabe mantener, a veces, un aire distante, pero su gran encanto es la vida que en ella se vive. Es la más próxima a la península y, sin embargo, es la menos continental. Y la riqueza y variedad de sus fiestas locales, realmente impresionante”.

“A little Journey in Spain. Notes of a Goya Pilgrimage”, Londres, 1914.

Con el primer libro bajo el brazo se presentó Mr. Crawford-Fritch en Salamanca, en la primavera de 1913. Venía a conocer a Unamuno y a recoger materiales e impresiones para el segundo, cuyo título hemos estampado más arriba. He aquí un breve sumario de su contenido. “Emprendió su peregrinación peninsular en Barcelona —escribe Unamuno en la reseña que hizo publicar en la revista *Hispania*, de Londres—, de allí pasó a Zaragoza, de ésta a Madrid, siempre en busca de Goyas, visitó Toledo y acabó recalando en esta Salamanca —*that city of golden silence*—. A ésta no vino buscando Goyas; acá vino en busca —¿por qué no decirlo?— de mí. Es decir, de un español”. Efectivamente, los dos primeros capítulos corresponden a la estancia del autor en Barcelona; y los tres siguientes a Zaragoza, con estas tres etapas: Fuendetodos, el pueblecito donde nació Goya, la cartuja de Aula Dei y el templo de la Virgen del Pilar. Los seis que siguen se refieren a Madrid, con estos epígrafes: Dentro del Museo del Prado. Fuera del Prado. Los cartones para los tapices. Los retratos. La realeza y el desnudo. San Antonio de la Florida. Y los últimos están dedicados a Toledo, a los desastres de la guerra en la obra goyesca y al final de la jornada.

Ésta que recorrió pudiéramos calificarla como la senda real del caminante, la ruta imperiosa que articula el libro, pero su sumario no refleja las escapadas que de su camino hizo el visitante, los rodeos que no son digresiones, y, sobre todo, la consideración de lo que sus ojos ven y sus oídos escuchan, aunque todo sea tratado a través del prisma de la pintura de

Goya. Y en ello, huelga advertirlo, reside lo más original de este libro. Porque nuestro hispanista reproduce todo lo que vio, “y, sobre todo —comenta Unamuno— ha sabido confesar todo lo que no pudo ver, lo que no pudo sentir”. Resulta así que todo el libro constituye una interpretación de la vida española de ayer y de hoy, tomando como punto de partida las telas enmarcadas de un museo, pero rebasando el marco, adentrándose en el escenario en que el artista vivió, en los parajes que poblaron sus retratados antes de haber sido inmovilizados en el lienzo. No se trata, pues, de un comentario de la pintura goyesca, sino de una interpretación conmovida de lo humano y permanente de España.

Léanse sus observaciones sobre la *joylessness* de nuestro arte pictórico; sobre *the keen Iberian sense of tragedy* hispánico, que provoca una actitud desesperada junto a la que brota una abnegación sin límites; o las referencias a una especie de paz opresiva que se respira en lugarejos españoles como es el de Fuendetodos. “Este hombre —remacha Unamuno— que después de haber hecho estos descubrimientos, más el de que España es un país indescubrible, para el espíritu europeo al menos, va a conversar en silencio con los hombres desconocidos del Greco, y siente toda la grandeza interior de la derrota y de los derrotados, toda la excelsitud de Don Quijote caído, y molido y magullado, blanco de las risas de los cuerdos satisfechos de la vida. Este hombre ha descubierto a España. Y la ha descubierto como no puede seguramente descubrirla nuestro apasionado y estrecho patriotismo regional. Y como debo decirlo todo, no quiero callar que uno de los principales guías que Mr. Crawford-Flitch ha tenido en su excursión por nuestra íntima España, en sus correrías por las espirituales estepas soleadas de nuestra España, he sido yo. ¿Había yo por eso de dejar de escribir estas líneas? Y quiera Dios que este libro enseñe a los que lo lean y no conozcan nuestra España y quieran venir a ella, a venir como debe venirse, como debe acaso irse a todo país, no a rellenar celdillas, sino acaso a hacerse alguna nueva en el espíritu”.

De estas dimensiones fue la segunda tarea hispanista del escritor británico que hoy evocamos.

1914. Tercer viaje a España. La guerra europea

En la primavera de este año se dispone Mr. Crawford-Flitch a volver a nuestro país. Para mejorar su conocimiento del español proyecta residir algunos meses en el norte de él, reuniendo materiales para un nuevo libro al que piensa titular *Modern Spanish Literature*. A él quiere incorporar no sólo

las notas de sus copiosas lecturas, sino algo más que constituye la motivación íntima de su empresa: que España se encuentra en condiciones de decir algo original, suyo y propio, en esta Europa, al parecer feliz, que muy pocos meses más tarde va a convertirse en el escenario de la primera contienda mundial de este siglo. Precisamente el estallido de la guerra dará al traste con su generoso propósito.

Procedente de Biarritz, donde se encuentra en los últimos días del mes de marzo, entregado a la lectura de libros españoles contemporáneos, según le comunica a Unamuno, se dirige a Fuenterrabía, lugar de paso y centro de algunas excursiones que lleva a cabo por el país vasco, hasta Elizondo, a Pamplona y a Roncesvalles. Pero su destino va a ser Bilbao. Y como es la villa natal de Unamuno a él le pide cartas de presentación para sus paisanos y amigos. ¿Quiénes eran éstos? En primer término don Pedro Eguillor, hombre encantador; el joven Pedro Murlane Michelena, que le ganó el corazón; Julio de Lazurtegui, cuya energía y entusiasmo le asombraron, y otros. Después de una larga permanencia en la capital vizcaína se propone acercarse de nuevo a Salamanca, a ver a su don Miguel. Pero una desgracia familiar, la muerte de su padre, le obliga a reintegrarse inesperadamente a Inglaterra, desde la que le envía a aquél una conmovida semblanza del desaparecido, un gran tipo inglés de la más depurada época victoriana que se extingue. ¡Cuánta ternura filial en su elegía!

Y aquel verano estalla la guerra europea. Nuestro hispanista es movilizad y se le envía a Francia. Un velo de silencio se tiende sobre este episodio decisivo de su vida. Que sólo se rasga cuando es trasladado a un hospital de Londres para convalecer de sus heridas. Desde él vuelve a escribir a Unamuno: “¡Qué lejos me parecen —le hace saber— aquellos días que pasé con usted en la dorada Salamanca! Cuando estaba en las trincheras más de una vez pensé en escribirle. Si no llegué a hacerlo su recuerdo no me abandonó”. Y antes de reincorporarse al frente de batalla quiere confiarle a su amigo las dos experiencias que la guerra ha dejado en su ánimo. Una de ellas es la preocupación por la muerte, que antes no había sentido, y que le ha deparado una sensación de paz infinita. La otra es un claro y preciso sentido de la democracia, no en el plano político sino en el humano, como un excelente reactivo para conocer a los hombres en general y a sus compatriotas en especial. “En sus manos sé que sabrán llevar adelante los destinos de Inglaterra.” Es cuanto sabemos de estos cuatro años de obligado silencio.

1919-20. Cuarto viaje a España.

A poco de terminar la guerra europea recibe Unamuno en Salamanca una carta de su amigo: “¡Dear don Miguel! —comienza—, si aún vivo en su memoria permítame hacerle saber que he vuelto sano de la guerra, y que vivo aún, como usted dice, “en carne y hueso”. Y más adelante: “¿Qué he hecho desde que volví? Le sorprenderá saberlo. He comenzado a traducir su libro *Del sentimiento trágico de la vida*, cuya lectura me atraía ahora, tras la experiencia de estos años”.

Y como desea hacer una labor lo más perfecta posible, a fines de 1919 se establece en Salamanca. Al llegar a ella nota algunos cambios, el más importante para él el alejamiento de Unamuno del Rectorado de la Universidad, que le ha obligado a cambiar de residencia. Ahora vive en la calle de Bordadores, junto a la que llaman la casa de las Muertes, un breve y logrado palacio renacentista. No sabemos lo que duró la estancia de Mr. Crawford-Flitch en Salamanca, pero no debió ser corta, ya que su propósito así lo requería: revisar con el propio don Miguel todas las citas de autores ajenos contenidas en las páginas del libro que el hispanista británico traduce. A esta tarea se prestó aquél y, sin duda por ello, pudo decir, al ser publicada la versión inglesa, que la prefería al original. Debió de ser como volver a escribirlo, aunque acaso su ánimo no fuese el mismo de cuando compuso estas páginas en 1913.

A fines de febrero de 1920 nuestro hispanista abandona Salamanca, rumbo a Málaga. La primera etapa del viaje, hasta Plasencia, la hicieron juntos Unamuno y él, y en esta villa extremeña se separaron. Su próximo encuentro tendrá lugar cuatro años más tarde y en condiciones bien distintas, como veremos.

La versión inglesa del libro “Del sentimiento trágico de la vida”: 1921.

Tras una estancia de algunas semanas en tierras andaluzas regresa Mr. Crawford-Flitch a Inglaterra, y mientras arde el fuego en la chimenea de su *cottage*, próximo a Oxford, va rematando su tarea de traductor y ordena los recuerdos que de este viaje a España ha espigado. Principalmente de Salamanca y de su convivencia con don Miguel: la tertulia a prima tarde en el Casino, los paseos por la carretera de Zamora, las vueltas a la Plaza Mayor, las dilatadas conversaciones en el despacho de la casa de

don Miguel, las pajaritas de papel que iban saliendo de las manos de éste, las excursiones a los parajes de la provincia.

Ya en Inglaterra inicia las gestiones editoriales para publicar la versión inglesa del libro de Unamuno. Uno de los problemas que le acucian es el de dotarla de un prólogo. ¿Lo escribirá el propio autor? Todo se resuelve, al fin, en la forma que ha llegado a nosotros. La casa editorial Macmillan acepta la publicación de la obra, y el prólogo lo redactará Salvador de Madariaga. A fines de 1921 aparece aquella en los escaparates londinenses, y el traductor va enviando a Salamanca las reseñas que suscita a los críticos, a las que, generalmente, añade un certero y agudo comentario.

1924. Quinto viaje a España. Fuerteventura.

A esta isla atlántica del archipiélago de las Canarias ha sido llevado Unamuno, en febrero de ese año, por el Gobierno del general Primo de Rivera, en virtud de una orden de confinamiento que iba a arrancarle de su Salamanca, a la que no volverá hasta seis años después. En esta isla arenosa y sedienta, donde el camello es el motor esencial de la agricultura y el agua su más codiciado elemento, va a residir Unamuno durante más de cuatro meses. La capital de ella se llama Puerto de Cabras, y un pequeño hotel, frente al mar, abanicado por palmeras, sometido a un sol brillante y al embate de los vientos del Sáhara próximo, será su alojamiento. Allí vendrá a acompañarle su viejo y dilecto amigo Mr. Crawford-Fritch. De su presencia en aquellos parajes hay testimonios en los comentarios que Unamuno puso a los sonetos XXXV, XXXVIII y XLV. En el primero de ellos, fechado el 28-V-1924, que comienza con el verso: "Raya celeste de la mar serena", puede leerse esto: "A cuyo propósito he de recordar que cuando apenas lo escribí, leí este soneto a mi amigo del alma J. E. Crawford Fritch, mi traductor al inglés, que me acompañó durante cuarenta días —una cuaresma— en Fuerteventura, y le dije que la raya celeste de la mar, el horizonte marino-celestial era lo que de derecho nos ofrece la naturaleza, me contestó señalándome el cielo, en que por un resquicio de nubes se colaba una raza de lumbre del sol poniente: "Y el rayo de luz".

Y como antaño en Salamanca es también ahora el hispanista británico compañero de Unamuno en las excursiones por la isla, que junto con los solitarios que don Miguel hace con la baraja, ayudan a matar el tiempo en aquellas soledades atlánticas. Y a falta de un monasterio de Yuste, mortaja de Emperador en las fragosidades extremeñas, ahí está Betancuria, una modesta villa acurrucada en el fondo de un barranco al que rodean escue-

tas y peladas montañas. (Véase el texto de los dos últimos sonetos citados arriba, en el libro *De Fuerteventura a París*, 1925.)

El día 13 de junio abandona Mr. Crawford Flicht Fuerteventura, “conmovidísimo y con lágrimas en los ojos”, según nos informa don Miguel, rumbo al Mediterráneo. Y que la emoción de la despedida, y la experiencia de su estancia en ella perduraban en su ánimo nos lo descubren estos pasajes de la carta que le dirige a su amigo desde Antibes: “¡Fuerteventura! ¡Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mí, Fuerteventura fue todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificadoras y salí refrescado y corroborado para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización. No puedo decirle todo lo que he ganado en mi contacto con usted. Veo la vida desde un ángulo diferente. Sí; creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura; pero ahora estoy de nuevo despierto”.

A lo que Unamuno comenta: “¿Qué he de añadir a esto?”

1928. El viaje a América del Sur.

Tres años más tarde volverán a encontrarse ambos amigos en Hendaya, a donde, huyendo de París y para sentir más de cerca a su España, ha ido a refugiarse Unamuno. La ausencia primero, y achaques de salud más tarde, han abierto un paréntesis de silencio en la comunicación epistolar de nuestro hispanista. Al reanudarse ésta —“aún vivo y vivir es mi quehacer”, le dice— sabemos de otra de sus experiencias hispánicas: las andanzas que ha llevado a cabo por tierras americanas, andanzas que discurrieron por Ecuador, Perú, Bolivia y la Argentina. De ellas destacan dos singladuras en estos dos escenarios aislados: El Cuzco y el lago Titicaca. Y adelantándose a la casi segura pregunta de don Miguel, se la formula él mismo. ¿Y qué hay de América? Sus impresiones, que yo sepa, no han trascendido del marco íntimo de una carta, pero acusan, de nuevo, las excelentes dotes de este viajero que no es un coleccionista de paisajes, sino un buceador de sensaciones vivas e históricas. He aquí una muestra:

“Lo que más me impresionó fue el predominio de la población india. No es, como yo había imaginado, un continente blanco, sino de color. Poblado por dos razas, mejor dicho, por tres: la blanca, la mestiza y la de color. La primera gobierna, la segunda suele ser fiel a los gobernantes, y la última, generalmente hostil. Sus ojos revelan odio, y su talante descubre la explotación. Por eso busca un salvador. ¿Lo encontrará? ¿Será Jesús

o Lenin? Se percibe que está latente una tempestad sobre los Andes. Y un día estallará”.

1936. *Último viaje a España.*

Otros tres años de silencio se abren en este epistolario. En 1931 cambia el régimen político de España, y Unamuno, que ha regresado a España un año antes, ha pasado a ser una figura destacada en la vida nacional que se inaugura. Mr. Crawford Fritch, que ha leído los artículos de su amigo explicando el cambio de régimen —aparecidos en el diario madrileño *El Sol* y en *The New York Times*— le escribe recordando otros tiempos y otros escenarios, pero también piensa —le hace saber— “en la España eterna, y en la que usted ha llamado intrahistórica”.

Han transcurrido cinco años de República. Unamuno ha recibido de ella todos los honores: ha sido reintegrado al puesto de Rector de la Universidad, ha recibido el título de ciudadano de honor, pero se siente desalentado. Las desgracias familiares apesadumbran su ánimo. Y el mismo día en que se cumple el quinto aniversario de la implantación de la República — el 12 de abril de 1936— Mr. Crawford Fritch, desde Madrid, donde se encuentra, le anuncia una próxima visita a Salamanca. No podemos restablecer el alcance ni aventurar la entraña de esta nueva charla con su don Miguel. Tan sólo sabemos que pocos meses después, el 7 de julio, ahora desde Francia, se excusa por su silencio y le agradece el envío de la última obra unamuniana que llegó a sus manos: el drama *El Otro*. En ella vuelve a referirse a los cuadros del Greco, le comunica su propósito de escribir un libro más sobre España, y le da cuenta de haber acabado una novela: *Missing from the Shelf*. A esta carta pertenece el siguiente pasaje, en el que comentando el drama que don Miguel le ha enviado, hace unas afirmaciones que, como final de esta comunicación, me propongo reproducir, porque veo en ellas la culminación de un proceso de hispanización, o si se prefiere, de unamunización, experimentada por el hispanista británico, a cuya memoria hemos dedicado aquélla. Son éstas:

He leído *El Otro*, con un interés creciente que culminó en el profundo epílogo. Y he admirado, literalmente, la traza y el problema de su obra. ¡Y qué resplandores! “¡Ay del que perdona sin olvidar! ¡Es la más diabólica venganza!” Demasiado verdadero, *dear* don Miguel. “¡Hay que perdonarle al criminal su crimen, al virtuoso su virtud!” Esto me recuerda el grito del Rey Lear, lo mejor, a mi juicio, de Shakespeare: *None does offend none, I say none*. “¡Pero queda siempre el misterio!”, dice usted. ¡Cuánto de mi vida he empleado yo también en descifrarlo!

“Hay una frase en el poeta Beddoes —un isabelino que, infortunadamente, resulta un victoriano— y que me gusta: *This great meditating Universe*. Pero resignarse al misterio es como si un hombre liberado de la cárcel se resignase a la libertad. Felizmente podemos decir *Omnia abeunt in Mysterium*. “Soñemos, pues, sin buscarle solución al sueño”.

También Unamuno había encontrado, por otro camino, en su querido y admirado poeta italiano Carducci, algo semejante, contenido en estos dos versos suyos que tanto gustaba repetir:

Meglio oprando oblidar senza indagarlo
questo obscuro mister del universo.

MANUEL GARCÍA BLANCO

Universidad de Salamanca.